

EL VERDADERO ALMUERZO GRATUITO: MERCADOS Y PROPIEDAD PRIVADA*

Milton FRIEDMAN

SUMARIO: I. *Introducción*; II. *Almuerzos gratis en el presupuesto*; III. *Mercados económicos y políticos*; IV. *El gobierno causa problemas sociales*; V. *Cambios institucionales*.

I. INTRODUCCIÓN

Me encuentro encantado de participar en la inauguración de las oficinas principales del Cato. Es un bello edificio y un verdadero tributo a la influencia intelectual de Ed Crane y asociados.

Algunas veces se me ha relacionado con el aforismo “no hay tal cosa como un almuerzo gratuito”, mismo que yo no inventé. Desearía se le prestase más atención a uno que sí inventé, y que siento particularmente apropiado para esta ciudad: “Nadie gasta el dinero ajeno tan cuidadosamente como gasta el suyo”. Pero todos los aforismos son verdades a medias. Por ejemplo: “La historia nunca se repite” frente a “No hay nada nuevo bajo el sol”. O “Mira antes de saltar” *versus* “El que duda pierde”. El opuesto de “No hay tal cosa como un almuerzo gratuito” es claramente “Las mejores cosas en la vida no cuestan”.

Y en el mundo económico real, hay un almuerzo gratis, un almuerzo gratis extraordinario, y tal almuerzo gratis son los mercados libres y la pro-

* Discurso pronunciado en la inauguración de las oficinas principales del CATO en Washington en 1993. Agradecemos especialmente al CATO Institute por habernos cedido el presente discurso para su publicación. Traducción realizada por Enrique Pasquel Rodríguez y publicada en *Themis*, Revista de Derecho, segunda época, núm. 46, 2003.

piedad privada. ¿Por qué a un costado de una línea arbitraria existió una Alemania del Este y en el otro una Alemania del Oeste, con nivel de prosperidad tan distinto? Fue porque Alemania del Oeste tuvo un sistema de mercados privados largamente libres, un almuerzo gratis.

El mismo almuerzo gratis explica la diferencia entre Hong Kong y China continental, así como la prosperidad de los Estados Unidos y Gran Bretaña. Estos almuerzos gratis han sido el producto de una serie de instituciones invisibles que, como F. A. Hayek enfatizó, son producto de la acción humana mas no de la intención humana.

En este momento, en los Estados Unidos tenemos a nuestro alcance, si es que nos hacemos de ello, algo muy semejante a un posible almuerzo gratis. Luego de la caída del comunismo, mayoritariamente se acordaba que el capitalismo era un éxito. Lo curioso es que cada país capitalista del mundo aparentemente concluyó, desde entonces, que Occidente necesitaba más socialismo.

Ello obviamente es absurdo, por lo que propongo veamos la oportunidad que ahora gozamos de conseguir un almuerzo cercanamente gratuito. El presidente Clinton ha expresado que es necesario difundir el sacrificio y concentrar los beneficios. Lo que requerimos es exactamente lo opuesto. Lo que requerimos y podemos obtener —lo más cercano a un almuerzo gratis— es difundir los beneficios y concentrar el sacrificio. No es un almuerzo gratis por completo, pero se acerca bastante.

II. ALMUERZOS GRATIS EN EL PRESUPUESTO

Permítanme proporcionar algunos ejemplos. La Administración de Electrificación Rural (AER) fue establecida para llevar electricidad a las granjas en los años treinta, cuando alrededor del 80% de granjas no gozaban de este beneficio. Cuando el 100% de las granjas tuvo electricidad, la AER cambió a servicio telefónico. Ahora 100% de las granjas tienen servicio telefónico, pero la AER sigue funcionando alegremente. En el supuesto que abolimos la AER, que es simplemente convertir la carga de los intereses bajos en intereses concentrados, mayormente compañías eléctricas y telefónicas. La gente en los Estados Unidos se encontraría mejor; ahorraría una gran cantidad de dinero que podría ser utilizada en reducciones de im-

puestos. ¿Quién saldría desfavorecido? Un grupo de personas que obtienen subsidios gubernamentales a expensas del resto de la población. Yo llamo a eso un almuerzo casi gratis.

Otro ejemplo ilustrativo es la Ley agrícola de Parkinson. En 1945 había diez millones de personas, familiares o trabajadores contratados empleados en granjas; y el Departamento de Agricultura 80,000 empleados. En 1992 había tres millones de personas empleadas en granjas; y el Departamento de Agricultura tenía 122,000 empleados. Casi cada rubro en el presupuesto federal *ofrece* una oportunidad similar. La gente de Clinton le dirá que todos esos asuntos están en el presupuesto porque la población desea tales bienes, pero son tacaños para pagar por ellos. Eso es pura tontería. La gente no quiere tales bienes. Supongan que ustedes plantean a los americanos una simple propuesta sobre el azúcar: podemos arreglar las cosas de tal forma que el azúcar que compran sea extraída principalmente de betarraga y caña cultivadas en granjas americanas o, en cambio, el azúcar vendrá sin límites de El Salvador, de las Filipinas o de algún otro lugar.

Si los restringimos a azúcar nacional, será dos o tres veces más cara que si incluimos azúcar importada. ¿Cuál creen realmente que los votantes elegirían? La gente no quiere pagar precios más altos. Un pequeño grupo de intereses especiales, quienes cosechan beneficios concentrados, lo quieren, y es por ello que el azúcar en los Estados Unidos es varias veces más cara que en el resto del mundo. No estamos gobernados por el pueblo, ese es un mito que viene de los días de Abraham Lincoln. No tenemos gobierno del pueblo, para el pueblo. Tenemos gobierno del pueblo, por los burócratas, para los burócratas.

Consideren otro mito. El presidente Clinton dice que él es el agente del cambio. Eso es falso. El logró decirlo por la tendencia a referirse a los doce años de Reagan-Bush como si fuesen un solo periodo. Pero no lo fueron. Tuvimos “reaganeconomía”, luego “busheconomía”, y ahora tenemos “clintoneconomía”. La “reaganeconomía” tuvo cuatro principios simples: menores tasas marginales de tributos, menos regulación, gasto público restringido, política monetaria no inflacionaria. Aunque Reagan no alcanzó todas sus metas, logró un gran progreso. La política de Bush fue exactamente la contraria de la “reaganeconomía”: mayores tasas tributarias, más regulación, mayor gasto público. ¿Cuál es la política de Clinton? Mayores tasas tributarias, más regulación, mayor gasto público. La “clintoneconomía” es la continuación de la “busheconomía”, y conocemos cuáles fueron los resultados de ir en contra de la “reaganeconomía”.

III. MERCADOS ECONÓMICOS Y POLÍTICOS

En un nivel básico, nuestros problemas presentes, tanto económicos como no económicos, surgen principalmente del drástico cambio ocurrido durante las seis décadas pasadas, debido a la relativa importancia de dos diferentes mercados para determinar quién obtiene qué, cuándo, dónde y cómo. Tales mercados son el mercado económico que opera bajo el incentivo de la ganancia y el mercado político que opera bajo el incentivo del poder. Durante mi vida, la importancia relativa del mercado económico ha declinado en términos de la fracción de los recursos del país que le es posible utilizar; mientras que la importancia del mercado político, o gubernamental, se ha expandido enormemente. Hemos suspendido darle de comer al mercado trabajador y hemos alimentado al mercado que ha venido fallando. Esa es esencialmente la historia de los pasados 60 años.

Nosotros, los americanos, somos más ricos hoy de lo que éramos hace 60 años. Pero somos menos libres. Y estamos menos seguros. Cuando me gradué de la secundaria en 1928, el gasto público total en todos los niveles en los Estados Unidos era poco más del 10% del ingreso nacional. Dos tercios de tal gasto era estatal y local. El gasto del gobierno federal era alrededor del 3% del ingreso nacional, o aproximadamente lo que había sido desde que la Constitución fue adoptada un siglo y medio antes, excepto por periodos de guerra mayor. La mitad del gasto federal era para el Ejército y la Marina. El gasto del gobierno estatal y local era alrededor del 7 al 9%, y la mitad de ello era para colegios y caminos. Hoy en día, el gasto público total a todo nivel es el 43% del ingreso nacional, y dos tercios de ello es federal, mientras que un tercio es estatal y local. La porción federal es el 30% del ingreso nacional, o alrededor de diez veces lo que fue en 1928.

Tal figura subestima la fracción de recursos absorbida por el mercado político. Adicionalmente a su propio gasto, el gobierno ordena que todos nosotros realicemos un gran número de gastos, algo inusual anteriormente. Los gastos obligados van desde el requerimiento de pagar por aparatos antipolución en sus automóviles, al impuesto para una atmósfera limpia, hasta la ayuda impuesta por Ley de Discapacidad, y así hasta el final de la línea. Esencialmente, la economía privada se ha vuelto un agente del gobierno federal. Todos en esta sala han trabajado para el gobierno federal alrededor de hace un mes llenando formularios de impuestos sobre la renta. ¿Por qué a los ciudadanos comunes no se les paga como recaudadores de

impuestos del gobierno federal? Estimo que por lo menos el 50% del total de recursos productivos de nuestra nación están ahora organizados a través del mercado político. En ese sentido tan importante somos más que medio socialistas.

Ello respecto a la inversión, pero ¿qué sucede con la producción? Primero, consideren el mercado privado. Vivimos un absoluto y tremendo aumento en nuestro nivel de vida, debido casi por completo al mercado privado. En 1928 la radio estaba en su etapa primaria, la televisión era un sueño futurístico, todos los aeroplanos eran a propulsión, un viaje a Nueva York a veinte millas de Nueva Jersey donde vivía mi familia era un gran evento. Realmente, ha ocurrido una revolución en nuestro patrón material de vida. Y tal revolución ocurrió casi completamente a través del mercado económico privado. La contribución gubernamental fue esencial mas no costosa. Su contribución, ya no tan generosa como en tiempos pasados, se dirigió a proteger los derechos de propiedad privada y a proveer un mecanismo para resolver los conflictos. Pero la grandiosa parte de la revolución en nuestro nivel de vida llegó a través del mercado privado.

Si el mercado privado produjo una norma de vida superior, el expandido mercado gubernamental ha producido principalmente problemas. El contraste es claro. Tanto Rose como yo venimos de familias con ingresos que en los niveles actuales se encontrarían bajo la llamada línea de pobreza. Ambos fuimos a colegios públicos, y ambos pensamos que recibimos una buena educación. Hoy a los niños de las familias que tienen ingresos correspondientes a los que nosotros teníamos en ese entonces les es mucho más difícil obtener una educación decente. De niños, podíamos ir a pie al colegio, de hecho, podíamos caminar sin miedo en las calles casi en cualquier parte. En el peor momento de la depresión, cuando el número de gente que verdaderamente se encontraba en grandes problemas era mayor de lo que es ahora, no había nada parecido a la actual preocupación por la seguridad personal, y habían pocos mendigos durmiendo en las calles. Lo que se veía en las calles era gente tratando de vender manzanas. Había un sentimiento de confianza que, si no ha desaparecido, sí ha disminuido de manera palpable.

En 1938 era posible incluso rentar un departamento en la ciudad de Nueva York. Después que nos casamos y mudamos a Nueva York, buscamos los departamentos ofrecidos en alquiler en el periódico, elegimos una docena que queríamos ver, y rentamos uno. La gente solía devolver sus de-

partamentos en primavera, viajar en verano, y regresar en el otoño para buscar nuevos departamentos. Era llamada la estación de la mudanza. Hoy en Nueva York, la mejor forma de encontrar un departamento es buscar en la sección de obituarios. ¿Qué ha producido tal diferencia? ¿Por qué los alquileres en Nueva York son un desastre hoy en día? ¿Por qué el sur del Bronx luce como los sitios de Bosnia que fueron bombardeados? No a causa del mercado privado, obviamente, sino a raíz del control del precio de los alquileres.

IV. EL GOBIERNO CAUSA PROBLEMAS SOCIALES

Más allá de la retórica, nuestros problemas reales no son económicos. Me encuentro inclinado a decir que nuestros verdaderos problemas no son económicos, más allá de los mejores esfuerzos del gobierno porque así sea. Quiero citar un ejemplo. En 1946 el gobierno asumió la responsabilidad de producir pleno empleo con el *Full Employment Act*. En los años siguientes, el desempleo fue de un promedio de 5.7%. En los años desde 1900 a 1929 cuando el gobierno no tuvo pretensiones de ser responsable por el empleo, el desempleo fue de alrededor de 4.6%. Por tanto, nuestro problema de desempleo también es creado en gran medida por el gobierno. Sin embargo, los problemas reales no son los económicos.

Nuestros mayores problemas son sociales y se refieren a la educación deteriorada, ilegalidad y criminalidad, desamparo, el colapso de valores familiares, crisis en los servicios médicos, embarazos adolescentes. Cada uno de estos problemas ha sido producido o exacerbado por los bienintencionados esfuerzos del gobierno. Es fácil documentar dos casos: hemos estado transfiriendo recursos del mercado privado al mercado gubernamental; y el mercado privado funciona mientras que el mercado gubernamental no lo hace.

Es más difícil entender por qué gente supuestamente inteligente y bienintencionada ha producido tales resultados. Una razón, como todos sabemos, parte de la respuesta es ciertamente el poder de los intereses particulares. Pero creo que una respuesta fundamental tiene que ver con la diferencia entre el propio interés de los individuos cuando se encuentran en el mercado privado y cuando se encuentran en el mercado político. Si uno se encuentra en una empresa dentro del mercado privado y ésta empieza a fallar, la única manera de que siga en marcha es buscar en el bolsillo pro-

pio. Por ello, se tiene un fuerte incentivo para detener la caída. Por otro lado, si se inicia exactamente la misma empresa en el sector gubernamental, con exactamente los mismos prospectos de fracaso, y empieza a fracasar, se facilita una mejor alternativa.

Es posible decir que el proyecto o programa realmente debería haber sido llevado a cabo en una escala mayor, y no es necesario buscar en el bolsillo propio; pues existe un bolsillo más profundo en el cual hurgar, el del contribuyente. Con una excelente intención es factible tratar de persuadir —y normalmente tener éxito— no al contribuyente, sino al congresista, que de suyo es realmente un buen proyecto y todo lo que se requiere es un poco más de dinero. Y entonces podemos acuñar otro aforismo: si una empresa privada falla, cierra; pero si una empresa gubernamental falla, se expande.

V. CAMBIOS INSTITUCIONALES

Algunas veces pensamos que la solución a nuestros problemas es elegir a la gente correcta para el Congreso. Pienso que es falso, pues si una muestra aleatoria de personas de esta sala fueran a remplazar a las 435 personas en la Casa de Representantes y a las cien personas del Senado, los resultados serían casi los mismos. Con algunas excepciones, la gente en el Congreso es gente decente que quiere hacer el bien. Ellos no se internan deliberadamente en actividades que saben causarán daño. Ellos simplemente se encuentran inmersos en un ambiente en el cual todas las presiones están en la misma dirección, gastar más dinero.

Estudios recientes demuestran que la máxima presión para mayor gasto viene del mismo gobierno. Es una monstruosidad que se genera a sí misma. En mi opinión, la única manera en que podemos cambiarla es variando los incentivos bajo los cuales la gente en el gobierno actúa. Si se desea que la gente actúe distinto, tiene que ser en función del propio bienestar personal de ella. Como Armen Alchan repite constantemente: hay algo en todas las personas del mundo con la que puedes contar, y eso es que pondrán su propio interés por encima del tuyo.

No tengo una fórmula mágica para cambiar el propio interés de los burócratas y miembros del Congreso. Enmiendas constitucionales para limitar los tributos y el gasto, para controlar la manipulación monetaria e inhibir las distorsiones de mercado estarían bien, pero no vamos a lograrlas. La

única posibilidad en el horizonte nacional es el movimiento para un límite en la duración de los mandatos. Una duración de seis años para los representantes no va a modificar su naturaleza básica, pero variaría drásticamente el tipo de persona que busca ser elegida para el Congreso así como los incentivos bajo los que operan.

Creo que aquellos de nosotros que se encuentren interesados en revertir la asignación de nuestros recursos, en cambiar más y más hacia los mercados privados y cada vez menos y menos al mercado gubernamental, debemos abandonar la noción de que lo que necesitamos hacer es elegir a la gente correcta. En algún punto creímos que elegir al presidente correcto lo lograría. Lo hicimos y no lo logramos.

Tenemos que volver nuestra atención hacia cambiar los incentivos bajo los que la gente opera. El movimiento para establecer límites de duración de los mandatos es una posibilidad de lograrlo; es una excelente idea, y está consiguiendo un verdadero progreso. Asimismo, debe haber otros movimientos. Algunos cambios ya se llevan a cabo a nivel estatal. Cuando los ciudadanos participan, ello es, referéndum popular, existe la oportunidad de cambio. No creo en la democracia pura; nadie cree en la democracia pura. Nadie piensa que es apropiado matar al 49% de la población aun cuando el 51% de lo gente votase por ello. Pero sí creemos en dar a todos la oportunidad de usar sus propios recursos tan efectivamente como sea posible para promover sus propios valores, siempre y cuando no interfieran con los de otros.

En suma, la experiencia ha mostrado que la gran mayoría de los individuos, a través del proceso de iniciativa, se encuentran más de acuerdo con tal objetivo que la gente electa para la legislatura. Por lo tanto creo que el proceso de referéndum debe ser explotado. En California hemos trabajado con ahínco en una iniciativa para lograr que los padres escojan los colegios de sus hijos. La elección paterna se encontrará en discusión este otoño. Quizá no ganemos, pero tenemos que seguir tratando. Tenemos que continuar el intento de cambiar el modo de pensar de los americanos sobre el rol del gobierno. El Cato lo hace entre otras cosas, al documentar detalladamente los efectos dañinos de las políticas gubernamentales sobre las que he hablado de modo general. El público americano se encuentra en vías de una visión más clara. En tanto que la sociedad comprenda lo que sucede, el clima intelectual se modificará y podremos iniciar cambios institucionales que establezcan incentivos apropiados para las personas que manejan los hilos del gobierno y gran parte de nuestras vidas.